

rán decreciendo hasta 1918, año en que se iniciará un período de sequía que llegará hasta 1935, es igualmente cierto que los años venideros serán de grandes días invernales.

La gran reputación científica de que goza el Abate Moreaux aleja hasta la menor sospecha de que sus declaraciones sean producto de un momento de humor, ellas deben ser rigurosamente tomadas en serio, y deben servir de advertencia para prepararnos lo mejor que podamos a los tiempos que nos anuncia.

Como emplea su día Benedicto XV

La terrible guerra europea no da a los diarios—ocupados en otras tareas—de ocuparse de la vida del Pontífice, por lo cual Benedicto XV no aparece en el periodismo universal como tema de largos artículos; además, no es fácil en estos momentos entrar en las intimidades del Papa; no obstante, trataré de describir cómo pasa el día Su Santidad.

Benedicto XV es madrugador. A las 5 a. m. ya está levantado. A las seis y media celebra su misa, después escucha otra de acción de gracias ofrecida por uno de sus capellanes secretos.

Pasa a poco a hacer colación, y en seguida se dirige a su despacho para tratar de los principales cuestiones de carácter religioso y de política eclesiástica.

A las 9 va al estudio de Su Eminecia el Cardenal Gasparri, Subsecretario de Estado, hombre inteligente, culto y perspicaz.

Su Santidad es un trabajador incesante; escribe rápidamente o dicta aún más rápidamente le correspondencia que le interesa más.

A las 10 tienen lugar las audiencias privadas, porque los grandes recibimientos públicos han sido suspendidos desde que empezó la guerra.

Estas audiencias sólo tienen lugar hasta la 1 p. m. A las 2 p. m., el Papa almuerza, una comida modestísima; Su Santidad es parco y nada exigente en su mesa; se conforma con un cocinero y un camarero que entra a su servicio en Bolonia.

Contrario a cuanto halagaba a Pío X, Benedicto XV es en el fondo conservador de las tradiciones y de la etiqueta; come siempre solo, pero asistido por Monseñor Migone, su camarero.

Con Monseñor Migone—también genovés—el Papa habla de los acontecimientos del día, y nunca deja de mezclar en su discurso algún término del dialecto.

A las 4 p. m., el Papa se concede un breve reposo, y después cuando no pasea por los jardines, hace una gira por las salas y galerías del Vaticano. Hasta el presente no dignó sus pasos por la famosa "Capilla" de León XIII, que parece que no le entusiasma.

A las 6 p. m. recibe a Monseñor Tedeschini, sustituto de la Secretaría de Estado, con el cual se ocupa de

asuntos importantes.

Al Ave María, go deja nunca de rezar su rosario en la capilla privada, donde sólo admite a sus familiares.

A las 8 y media hace una modesta cena rociada con un poco de vino generoso. A las 10 p. m. se acuesta, y se levanta siempre a la misma hora.

Como se comprende, su vida es simple y patriarcal, pero laboriosa y fecunda.

El gran pesar del Papa es la guerra; viéndole, se recibe en seguida la sensación de la angustia en que vive el Pastor de los hombres. A él le desespera la gran catástrofe que padecer Europa, y sufre, por no haber hallado un modo afortunado de hacerla cesar. Benedicto XV, espera en silencio el momento de intervenir, no ocultándosele la dificultad de tal intervención porque sabe la fuerte oposición que suscitaría tal acto.

Soberano sin reino, él espera poder ofrecer con éxito sus buenos oficios; el tiempo dirá si su deseo es un sueño o una realidad.

—El Nuevo Tiempo

Gobierno Eclesiástico

El Ilmo Sr. Vicario Apostólico en la Colonia

Nº 9

República de Colombia—Intendencia Nal. del Meta—Presidencia del Concejo Municipal—La Colonia, Enero 29 de 1917.—Al Ilustrísimo y Reverendísimo Sr. Dr. Dn. José María Guio, Obispo de Angostópolis y Vicario Apostólico de los Llanos de San Martín

E. S. M.

El H. Concejo Municipal que he tenido el honor de presidir hoy, ha sentado la siguiente proposición, que tengo el honor de transcribirle.

“El Concejo Municipal de La Colonia, con motivo de la llegada del Ilmo. Señor Obispo a esta población, se asocia al regocijo de los habitantes y le presenta su respetuoso saludo de bienvenida y los sentimientos de gratitud por la visita que se ha dignado hacer.

Copia de la anterior, será puesta en manos de S. S. por una comisión.”

De S. S. Ima. áto. y deseoso servidor.

ADOLFO CARRILLO

Cuentos de la guerra

Kortesía Kolosal.

—Miren, dijo el señor Mathieu d'Endoffin, las heladas me recuerdan una anécdota siniestra de la guerra.

Creo que conocen ustedes mis propiedades del arrabal de Cormeil. La habitaba cuando llegaron los prusianos.

Tenia por vecina una especie de loca, cuyo cerebro se trastornó a impulsos de repetidas desgracias. A los veintiocho años perdió en un mes a su padre, a su marido y a su hijo recién nacido.

Cuando la muerte entra en una casa, vuelve casi siempre a ella, como si conociera la puerta.

La infeliz abrumada por el dolor, enfermó y deliró seis semanas. Después, como si un cansancio tranquilo hubiera sucedido a aquella crisis violenta, quedó sin movimiento, sin comer apenas, moviendo solamente los ojos. Cuando la querían hacer levantar, gritaba como si la mataran, dejáronla, pues, tendida, y únicamente la sacaban de la cama para asear y volver los colchones.

Una criada vieja la servía, dándole de beber y haciendo que de cuando en cuando comiera un poco de hambre. ¿Qué ocurría en el fondo de aquella alma desesperada? Nadie lo supo jamás, porque la criada no volvió a hablar. Pensaba en los muertos? ¿Soñaba una idea fija? Quizá su pensamiento disido estaba inmóvil como el agua sin corriente.

Durante quince años permaneció de aquel modo muda e inmóvil.

Llegó la guerra, y a primeros de diciembre los prusianos penetraron en Cormeil.

Me acuerdo como si fuera ayer. Helaba de un modo horrible. Estaba yo inmóvil en un sillón, a consecuencia de un ataque de gota, cuando oí el ruido pesado y rítmico de sus pasos.

Yo alojé diez y siete. A la loca le tocaron doce, entre ellos un Comandante, que era un verdadero borracho, violento, adusto.

Durante los primeros días no ocurrió nada de particular. Habían dicho al Comandante que su huésped estaba enferma, y poco le importaba. Pero al no ver nunca a su huésped se irritó; se le dijo que ignoraban que enfermedad tenía, y que hacía quince años no se movía de la cama. No lo creyó, sin duda, e imaginó que la pobre demente permanecía en cama para no ver a los extranjeros, para no hablarles ni rozarse con ellos.

Exigió que la señora le recibiera. Le hicieron entrar en su cuarto. Pidió con tono adusto y estropeando el francés:

—Señora, le ruego que se levante y que baje para que la veamos.

Ella volvió hacia el militar los ojos vacíos, sin expresión y no replicó.

—No toleraré insolencias. Si no se levanta usted de grado, se levantará por fuerza; ya hallaré medio de hacerla pasar.

No hizo la infeliz ni un ademán y permaneció inmóvil, como si nada hubiera visto.

El Comandante se enfurecía, creyendo ver en aquel silencio una prueba de supremo desprecio, y añadió:

—Si no baja usted mañana... Al día siguiente, la vieja criada, desesperada, quiso vestirla; pero la loca empezó a chillar, forcejeando. El oficial subió rápidamente. La vieja